

La película de Mulligan, especialmente en su primera parte, es un espejo en el que los padres deberían mirarse para educar a sus hijos...

miradadeulises.com

La película de Robert Mulligan, especialmente en su primera parte, es un espejo en el que los padres deberían mirarse para educar a sus hijos... y eso lo consigue sin grandes discursos morales ni didactismos simplones

Video:

" target="_blank">[Matar un Ruiseñor](#)

Este año se celebra el Centenario de la *Universal*, una de las *majors* de Hollywood que nos ha dado películas como *Psicosis*, *Los pájaros*, *La sombra de una duda*, *Drácula*, *Frankenstein*, *Memorias de África*, *Tiburón*, *La lista de Schindler*, *Sed de mal*, *El golpe* o [Matar a un ruiseñor](#), por citar sólo algunas. Desde *La mirada de Ulises* nos unimos al evento con este breve artículo en torno a la película de **Robert Mulligan**, en lo que quiere ser también un homenaje al gran actor que fue **Gregory Peck**. En la adaptación de la novela de **Harper Lee** se nos da cuenta de la maduración de dos niños que se dirigían a su padre llamándole *Atticus*, un hombre que se nos presenta como la encarnación de todas las virtudes de un padre ejemplar, de un abogado y ciudadano honesto, y también de una persona pacífica y tolerante, alejado del ambiente racista que se respiraba en los Estados Unidos en los primeros años del siglo pasado.

Son los recuerdos de una niña llamada *Scout*, que vestía como un chico y que acompañaba a su hermano *Jem* en sus aventuras... como si fuera su ángel de la guarda. Es ella quien evoca el verano en que tenía seis años, cuando el odio y la muerte llegaron para perturbar la paz de un pueblo aburrido, y cuando la vida adulta llamó a su puerta rodeada de tantos objetos guardados en una caja nostálgica y del cariño de *Atticus*. Los primeros planos sirven para que la cámara recorra con su *travelling* esos pequeños tesoros (un reloj, unas canicas, una navaja, un silbato, unas pinturas, dos figuras de cera...), y con ellos nos introduzcamos en el imaginario de la niña y vivamos sus impresiones, para que podamos comprender el miedo ante el misterio del *Sr. Boo*, la admiración y orgullo ante un padre que llora en silencio la ausencia de su mujer, o el corazón agradecido y sin prejuicios ante quienes eran diferentes (por negros o locos, por ejemplo)... Porque de todo eso va *Matar a un ruiseñor*.

La película de Mulligan, especialmente en su primera parte, es un espejo en el que los padres deberían mirarse para educar a sus hijos... y eso lo consigue sin grandes discursos morales ni didactismos simplones. *Atticus* es ejemplo de vecindad y amistad sin ostentación, de valentía y tolerancia porque sabe ponerse en el lugar del otro, de firmeza en sus convicciones ante la violencia e injusticia, de epiqueya para aplicar la justicia buscando la sanación del individuo, de integridad porque siempre actúa en conciencia “*para poder ir con la cabeza alta*” y “*decir (a sus hijos) lo que tenéis que hacer*”. Por eso acepta el caso de violación contra *Tom Robinson*, y por eso no responde al insulto de *Bob Ewell* cuando éste le escupe; por eso obtiene el respeto de todas las personas negras cuando se levantan en el juicio para despedirle, y por eso sus hijos están fascinados ante un reloj que simboliza el amor a su esposa fallecida.

Atticus es un hombre de conciencia recta, y ese es el argumento que esboza en el juicio para intentar explicar la reacción de una herida en su orgullo como era *Mayella Ewell*, y también al tratar de convencer a su hija *Scout* para que vuelva al colegio y no se pelee... pues “*hay que ponerse el calzado del otro para comprenderle*” y procurar “*no matar al ruiseñor*” que alegra la vida con sus cantos. Su saber transigir y su sentido de la justicia le llevan, en la última escena, a asumir la versión oficial del juez ante la muerte de *Bob* y dejar volar al ruiseñor *Sr. Boo*... e incluso a agradecer a éste que haya salvado a sus hijos en la emboscada. Como en *El hombre que mató a Liberty Valance*, es mejor que los hechos no desmientan a la leyenda... porque ésta se aproxima más a la realidad profunda; y, como *En un mundo mejor*, es valiente quien responde con inteligencia, clemencia, compasión y perdón... y no con una escalada de violencia.

‘Matar a un ruiseñor’: El mejor legado de un padre

Publicado: Martes, 24 Julio 2012 08:42

Escrito por Julio R. Chico

No hay esquematismos ni rigidez en el comportamiento de *Atticus*, y sí un saber escuchar y educar desde la libertad, con la autoridad que no es imposición y que responde al cariño... Es alguien que se ha sabido meterse en la cabeza de unos niños traviesos y preguntones, de un negro asustado y frágil, de un blanco fanático y bravucón. El recuerdo de *Scout* y la mirada de *Jem* son los de unas criaturas que aprendieron viendo a su padre actuar, los de quienes dejaron de tener miedo a la muerte y a la injusticia porque se sintieron acompañados en esos inicios difíciles. Lo de menos es que descubran que fue un gran tirador de rifle o que sea considerado como un abogado de prestigio, porque lo que realmente les tiene fascinados es su actitud honrada y compasiva, su capacidad para mirar a la gente y saber tratarla... y todo eso se lo da Gregory Peck a su personaje con creces. La construcción de su *Atticus* es tan ideal como realista, porque su actuación es tan coherente como atractiva. No hay maniqueísmo... porque simplemente es alguien que supo querer a su mujer y a sus hijos, y también alguien capaz de *ponerse el calzado del otro y no matar al ruiseñor*.

Magnífica adaptación de la novela de Harper Lee, y maravillosa banda sonora de **Elmer Bernstein** para esta mirada humanista a un mundo donde había “*muchas cosas feas*” y bastantes injusticias, pero también *algunos hombres buenos*. Entrañables son los niños y admirable la facilidad con que Mulligan nos traslada a su universo imaginario, a sus juegos y apuestas en lo que supone una ocasión de demostrar su valentía, a su inocencia virginal (“*qué habrá hecho —el negro— para que tenga que llorar*”, dice uno de ellos mientras espía lo que sucede en el juicio a puerta cerrada). Y extraordinario resulta un guión que sabe puntear la historia con una sugestiva voz *en off*, describir la casa de *Boo* y su enigma para que la imaginación haga el resto, o crear una atmósfera infantil donde no falta el columpio con un neumático o la cabaña en el árbol... aunque más interesante sea esa transmisión de enseñanzas de padres a hijos, y la suavidad para introducir a los pequeños en el mundo adulto, para moldearles una conciencia del deber y de la convivencia que supere el miedo y la diferencia... y que permita *vivir al ruiseñor* que nos alegra con su presencia.

Julio R. Chico